

ISSN 0120-0216



# aleph



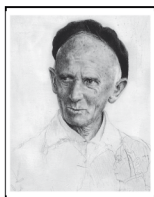
julio/septiembre 2013, año XLVII

**No. 166**



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula:

Dibujo/retrato en homenaje a Fernando González.

Autor: Daniel Gómez-Henao.

### **Consejo Editorial**

*Luciano Mora-Osejo*

*Valentina Marulanda (s)*

*Heriberto Santacruz-Ibarra*

*Lia Master*

*Jorge-Eduardo Hurtado G.*

*Marta-Cecilia Betancur G.*

*Carlos-Alberto Ospina H.*

*Carlos-Enrique Ruiz*

### **Director**

*Carlos-Enrique Ruiz*

**Tel-Fax: +57.6.8864085**

**<http://www.revistaaleph.com.co>**

**E-mail: [aleph@une.net.co](mailto:aleph@une.net.co)**

**Carrera 17 N° 71-87**

**Manizales, Colombia, S.A.**

Impresión: Jerónimo y Gregorio Matijasevic,  
Arte Nuevo, Manizales, Col.

Diagramación: Andrea Betancourt G.

julio/septiembre 2013

# **aleph**

Año XLVII

# Fernando González

## y su *Viaje a pie*

Pedro-Antonio Rojas V.

*Uno sólo es el camino del hombre, hacia adelante,  
no hay retroceso, ni desviación, sino búsqueda  
angustiosa del infinito...*

Fernando González

### Advertencia

**A** No hay que estar muy familiarizado con la obra de Fernando González (1895-1964) para saber que ha sido acusado de ateo imprudente y de místico recalcitrante; de izquierdista desmedido y de conservador fascista, en pocas palabras de santo y de demonio. Podríamos continuar esta enumeración —que más parece un memorial de agravios—, sin embargo, esta ruta sólo da cuenta de un sector del pensamiento que se complace —desmedidamente— en redactar juicios. La vieja estrategia “académica” de reducir toda forma de reflexión al acto de señalar —en palabras coloquiales— a determinar cuál es el bueno y el malo del paseo. Nos hemos habituado a un pensamiento *fustigador* (tal vez por la educación tan “devota” que se imparte en nuestras instituciones), en Colombia se anhela tanto crucificar como edificar altares. Estos intelectuales tienen más vocación de abogados que el escritor antioqueño, son —en palabras de González— “titiriteros



de la certeza”, la acomodan a su gusto.<sup>1</sup> De allí que deba advertirse: este texto pretende ser simplemente una excusa, una excusa para dejar de repetir la ceremonia —caduca— de esculpir monumentos, o de escupirlos, se trata de llevar el pensamiento a “otra parte”, de intentar salir de ese escenario desgastado, de escapar del *tribunal*.

## Caminar

Quisiera empezar a hablar de *Viaje a pie*, anunciando las maneras en que *no* pienso interpretarlo: no pienso abordarlo como una crónica (de esas cargadas, hasta el hastío, de retórica descriptiva y de propaganda regionalista), ni como un diario (saturado de confesiones íntimas), tampoco creo que sea estrictamente un tratado de metafísica (plagado de categorías reduccionistas); aunque sin duda este libro tiene un poco de todo esto, pienso que se trata de un libro de viaje como sostiene Sanín Cano.<sup>2</sup>

Ahora bien, lo que me parece más inquietante es lo que podríamos llamar el “método” utilizado. Se trata de un libro que enseña una manera particular de viajar. Método que a mi manera de ver es una invitación y una provocación, ¿a qué nos invita la lectura de ese libro escrito en los caminos? Simple y llanamente, pretende enseñarnos a *caminar*, a extender los pies cansados,

<sup>1</sup> Fernando terminó sus estudios de derecho en 1919. Desde estudiante fue sumamente crítico, despreciaba la manera en que sus colegas “manipulaban la verdad”, años más tarde llegó a afirmar: “no pertenezco a ninguna academia, no tengo títulos, pues los de bachiller y abogado los perdí, y me alegra mucho eso” (Tobón, 1987:4’33’’). La renuncia a sus “cartones” fue consecuente con las objeciones que esgrimía en contra del sistema de educación colombiano —véase *El maestro de escuela* (1941) y *La Tragicomedia del padre Elías y Martina la Velera* (1962). Baldomero Sanín Cano en un texto llamado *Viaje a pie de Fernando González* (1930) se refiere a este tema con las siguientes palabras: “Este hombre valerosísimo se puso a contemplar la fruta por todas partes y de su observación dedujo que estaba no solamente madura sino cerca de la putrefacción y que iba a caerse. La culpa de ese lastimoso estado es la educación del pueblo, la ignorancia privada fundamental, bautizada con el título de educación pública en que han tenido a Colombia durante nueve lustros sus dirigentes políticos y sus directores espirituales” (p.5).

<sup>2</sup> Baldomero Sanín Cano resalta este rasgo de *Viaje a pie*: “El curioso lector habrá notado que la mayor parte de las obras literarias universalmente difundidas y admiradas son descripciones de viajes reales o ficticios. (...) No siendo la historia mera narración de sucesos, ni la biografía el catálogo de las acciones humanas, sino una y otra la ecuación de la curva trazada por las ideas y las formas a lo largo y a lo ancho de los tiempos, se puede escribir la vida del género humano haciendo el análisis literario y filosófico de unos cuantos libros de viajes. Sería curioso averiguar por qué han escogido los grandes genios de la humanidad el libro de viajes para cifrar su noción de la vida. Acaso tenga esta duradera tendencia su origen en el hecho de que el hombre es inmune por ley de la naturaleza, sedentario, enemigo del cambio y tenazmente apegado a sus ideas. Desea moverse, conocer otros mundos, pero el pasaje natal lo fija al suelo con energías telúricas desconocidas” (1930:5).

a enfrentarnos a la pesadez terrestre. Todas esas hojas publicadas en Francia,<sup>3</sup> nominadas al Nobel,<sup>4</sup> prohibidas por obispos, todas esas hojas (que debieron ser manuscritos dentro de mochilas sucias) pretenden ilustrar ese sencillísimo acto: la paradoja irresoluble de quien pretende desprenderse del suelo y, al mismo tiempo, retornar a la tierra irremediamente. Esta enseñanza toma sentido cuando advertimos que caminar para el escritor de boina y bordón no obedece a una mecánica —ni a un “automatismo” fisiológico—, toma sentido si nos preguntamos ¿Qué significaba caminar para Fernando González? La respuesta no es evidente y podemos estar de acuerdo en que “caminar” no parece ser algo sobre lo que se haya pensado demasiado. Sin embargo, creo que caminar no se reduce a la exhibición de capacidades locomotoras: se trata de un oficio eminentemente literario, sencillísimo acto y cuántas implicaciones invisibles...

Hace siglos una mujer caminaba por las playas de Lesbos persiguiendo a sus discípulas, hasta que —en palabras de Afrodita— “caían en las redes de la mísera Safo” ¿Qué era ese acto para ella?, ¿acaso una asechanza? Virgilio invocaba a las musas para que escucharan el sufrimiento de los hombres desterrados, nadie en aquel entonces deseaba atravesar el campo de la blanda espiga y de los zarzales, ¿caminar acaso era una condena? Años más tarde ¿no aprendimos nada de la manera en que Ophelia —angustia-da— caminaba hacia el árbol al lado del arroyo que le arrancaría la vida?, ¿el mismo Shakespeare no escribió para tormento de su Hamlet que una

<sup>3</sup> *Viaje a pie* fue publicado en octubre de 1929 por la editorial *Le livre libre* [El libro libre] de Francia.

<sup>4</sup> La supuesta nominación al premio Nobel ha sido motivo de disputa: por un lado, José Monsalve, escéptico, cita una de las libretas de González, en la que se hace evidente que la noticia no es veraz: “más bien creo que éste es algún sueño inventado por Gonzalo Arango o por Rojas Herazo. Y si fuere cierto ¿qué gano yo? ¿Qué saco yo con que eso guste o no? Vanidad, pues mañana me iré, pronto me iré. Y olvidado, y si no soy olvidado, a mí qué, estaré o lejos o en ninguna parte. ¿Qué a mí fuera de la Intimidad?” (2006:5). Por otro lado, Yeison Gualdrón, sostiene que Henao Hidrón: “logró confirmar la veracidad del relato que en el país algunos quisieron negar. Fue Guillermo Mora Londoño, embajador de Colombia en Suecia en esa época, quien le contó lo sucedido: En Estocolmo hubo una reunión de diplomáticos. A Mora le presentaron uno de los miembros del jurado del Nobel, quien tan pronto le saludó le dijo: «Señor, lo quiero felicitar por ser Embajador de Colombia porque hace unos cinco años un coterráneo suyo, Fernando González, fue candidato al Premio Nobel de Literatura»” (2012:5). Según Guadrón en 1956 Jean Paul Sartre y Thornton Wilder lo propusieron para dicho premio: “A Sartre sólo le bastó leer una traducción al francés de *Viaje a pie* para considerar al escritor colombiano como un “existencialista” merecedor del Nobel. Y Wilder, más que conocer al filósofo de Otraparte, era gran amigo suyo y ferviente admirador de su obra” (2012:5) y añade que la Academia Colombiana de la Lengua ese año, y este dijo que no se le podía dar el premio porque era un autor “rebelde y de lenguaje escandaloso” (2012:5).

desgracia va siempre caminando “pisando las ropas de otra”? ¿Cervantes no destinó a su hidalgo, de lanza en astillero, a errar por la mancha? ¿Y qué significaba para Werther caminar junto a los niños de Wahlheim? Recuerdo un fragmento en el que escribe: “todos los maestros y doctores convienen en que los niños no saben por qué quieren lo que quieren; pero por más que para mí sea una verdad inconclusa, nadie consiente en creer que los hombres, como los niños, *caminan* a tuestas sobre la tierra” (1970:29). Después de escudriñar el corazón humano, ¿qué significa el caminar para Goethe?, ¿acaso un extravío?

Se me ocurren otros ejemplos de caminantes, de nómadas, de escritores para los cuales caminar ha sido una liturgia, una catarsis, una depuración... Algunos de esos ejemplos me aterran: recuerdo a Raskolnikov que después de conocer el asesinato “el agotamiento apenas le permitía *andar*” y que al saberse descubierto —mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por su rostro— quiso salir a caminar en busca de quienes lo amenazaban, con la certeza de que no vacilaría en matar de nuevo ¿Qué implica caminar para Dostoievski?, ¿acaso se trata de una fuga?, ¿de una manera de escapar de la persecución? o ¿se trata del despertar la venganza y de la muerte? Por otro lado, ¿qué nos enseña la peregrinación de Dante? ¿Qué sentiría Rimbaud, cargado con vicio y sufrimiento, caminando hacia los infiernos?, ¿acaso no leímos, desconsolados, sus gritos?: “estoy maldito, ¡Vamos!, ¿a quién alquilarme? ¿Qué bestia hay que adorar? ¿Qué santa imagen atacamos? ¿Qué corazones romperé? ¿Qué mentira debo sostener? ¿Entre qué sangre caminar?” (2003:22), así comenzaba el poeta su camino al fardo, al desierto, al hastío y la cólera. También recuerdo que el señor K caminaba horrorizado por infinitos pasillos llenos de bancos, deambulaba —con un pañuelo en la boca— por laberínticas oficinas judiciales, preguntándose por qué el aparato de la justicia resultaba “eterno en sus contradicciones” y aparece ante mis ojos ese desconsuelo terrible, esa impotencia, recuerdo ese personaje triste de Kafka —que al pretender cambiar algo del aparato de justicia— termina frustrado, “el suelo huye bajo sus pies, precipitándolo en el vacío”. Por último, en esta galería desordenada de recuerdos, se me aparece al joven Stephen Dedalus de sueños monstruosos —en los que evocaba a criaturas simiescas y prostitutas—, recuerdo que escribía largas cartas llenas de obscenidad, y caminaba por Dublín, protegido por la noche, arrojándolas por debajo de puertas desvencijadas en lugares donde las

muchachas se las pudieran encontrar al paso y leerlas secretamente ¿Acaso caminar era una perversidad?

## Otra manera de caminar

Como ya advertí, no pretendo jugar el papel de Minos entre estas tinieblas: no deseo ser juez, sin embargo —y para simular contradecirme—, debo anunciar que Fernando González es *culpable*, es culpable de una sola cosa: es culpable de *caminar* —de arremeter con sus pies cansados contra la tierra, sí, de caminar, de enfrentarse a la pesadez terrestre, sencillísimo acto y cuántas implicaciones invisibles. Caminar, a eso se dedicaba con devoción mística, el escritor abismado, el agudo filósofo, el pícaro enamorado...

Solía decir que ni don Benjamín (su compañero de viaje) ni él habían podido llegar a la posición de los doctores filósofos: “para quienes la mujer nada importa. Somos en un noventa y nueve por ciento amantes [decía], y el resto filósofos, pero filósofos del amor” (1993:202). De allí que no falta quienes afirmen que era doblemente culpable, porque, también, tiró sus manos contra el cuerpo de las mujeres, *caminó* entre esos cuerpos, todo para intentar rozarlas con sus dedos:

Las yemas de los dedos que calculan la resistencia, el calor, las curvas... antes de ellas el amor no era el amor: era un momentáneo acto de fieras. ¡Las mandíbulas! No; los dedos fueron los inventores y son los depositarios del amor. (1993:128)

Así caminó el Fernando de *Viaje a pie*, por la tierra y por el cuerpo femenino, con una sonrisa, con los pies y las manos hambrientas de “infinito”. Pero ¿cómo es posible que ansíe lo infinito y al mismo tiempo el cuerpo de las “muchachas”? En adelante sostendré que para González no son algo distinto, en contra del tan sobrevalorado “sentido común” y de sus dualismos irreflexivos, la sensualidad para el escritor antioqueño era equivalente a lo inabarcable, a lo inasible y a lo infinito. Si bien más adelante retomaremos esta tesis, de todos modos, quisiera ilustrarla con el siguiente apartado de *El Remordimiento* (1935):

¡Qué animales tan hermosos hizo el señor al crear las muchachas! Desde hace días me tiene perturbado ¿Y qué dice usted de los árboles, troncos, ramas, hojas y flores? ¿Y qué del agua en sus variados aspectos, de mar, lago, río, riachuelo, quebrada, amagamiento, fuente, llo-

vizna, nube, nubecilla?... ¿Qué dice de luz y sombra, de sol y estrellas? Entre todas esas cosas se pasea, diosa en su palacio, la muchacha, que nos tienta, que nos incita, que nos tumba, que nos hace nacer y morir. (...) Amo a Dios: luz, forma, todas las ideas. ¡Oh, único, muchacha de las muchachas, árbol de los árboles, mar de los mares! (2008:173)

## Requerimientos para caminar

Según González, para caminar por la tierra: “hay que descubrir nuestros ritmos, ajustar a ellos nuestros pasos y el movimiento de los bordones” (1993:15), y para caminar por el cuerpo de una mujer —con la yema de los dedos—, también hay que tener ritmo: “indudablemente cuando un hombre y una mujer se atraen, eso se verifica por sus ritmos; es que unidos son importantes para la economía del universo” (1993:15). ¿Y cómo hacemos para encontrar nuestros ritmos? Es necesario dejarse llevar por una fuerza desconocida, hay que estar “hinchado de egoencia como un sapo bravo”, la egoencia es un impulso que nos arroja contra nosotros mismos, no se reduce a la vanidad: “es una tiniebla que principia allí en donde termina el talento del hombre” (2005:48), nace de una exploración sincera de lo que somos, y nos empuja más allá de lo que creíamos posible, en otras palabras, es lo que nos permite poseer el ánimo *incansable* de los héroes:

El ánimo, esa fuerza desconocida que nos hace amar, creer y desear más o menos intensamente. El ánimo que no es inteligencia, sino la fuente del deseo, del entender y del obrar (...) en definitiva, lo que hace mover al mundo no es sino el ánimo de los héroes (1993:32).

¿Qué más necesitó González para caminar una vez que encontró su ritmo? Seguro que se sirvió de una voluntad de *despojo*. Se despojó de las prácticas habituales de los hombres, de aquello que lo petrificaba, en palabras de María Elena Uribe, él necesitó perderlo todo: hasta el cráneo.<sup>5</sup> Por

<sup>5</sup> La profanación a la tumba de González, el sábado 13 de enero de 1973, provocó todo tipo de reacciones, unas más indulgentes que otras. Gonzalo Arango, en un texto llamado *Asalto a la inmortalidad* (1973) escribió: “Alguien en mi devoción por él me superó, hasta el fanatismo idolátrico de disputarme la posesión de su cráneo, física ánfora en la que florecieron en vida sus pensamientos y demás flores fulgurantes de su espíritu” (p. 5), y termina diciendo que si bien es cierto que González “ya está más allá de las ilusiones y las lujurias de la propiedad privada”, y que “le importará un pepino su propia calavera”, su cráneo debería ser regresado: “mi querido ladrón: por tu serenísima y heroica culpa, doña Margarita, su amada esposa, redobló su soledad y su luto y quiere morirse de tristeza pensando que «él» yace en el fondo oscuro de un viejo baúl como cuerpo de delito, o que podrías en el éxtasis de tu embriaguez intelectual usar de cenicero esa parte del maestro que siempre tuvo ella sobre el corazón” (p.5). Por otro lado, José Monsalve, menos indulgente, en un texto llamado *Un cráneo, un robo y un misterio resuelto* (2006), sostiene que fueron unos “sobrinos” del difunto, quienes, a media noche, saltaron el muro del cementerio municipal, y



eso para caminar, y sobre todo para caminar por Colombia, el caminante no debe tener miedo de ser *incomprensible*:

Ninguno de nuestros conciudadanos (si es que en Colombia tiene uno conciudadanos) podía comprender nuestros motivos. Para ellos, se camina cuando se va para la oficina, cuando se viene del mercado. No está aún en las posibilidades mentales de nuestro pueblo el comprender los fines interiores (1993:21).

Ser incomprensible implica asumir la soledad, una soledad como la que le recomendó Carrasquilla (1858-1940) en una de sus cartas:

Huye de este medio, en donde las «moscas de las plazas públicas» y las sapiencias de los reporteros mágicos no dejan en paz, ni a sol ni a sombra, a ninguna personalidad que se destaque en el campo de las letras (1934:1).

Una soledad comprometida como la de Fernando, no implica rendirse ante una escritura estoica o ante una vida ascética. Pienso que se trata de un estado en el que ser la “estrella de las letras” no importa mucho, una soledad que no le tiene miedo al olvido,<sup>6</sup> una soledad que a veces —así sea por un breve instante— nos conduce por los caminos de otros solitarios, González se encontró con los *Panidas*<sup>7</sup> y su soledad estuvo acompañada,

profanaron la tumba, de lo que se sigue que ese acto no obedecía a una “devoción” fanática, como lo creía Arango, sino a un acto arbitrario, fruto de una noche de alcohol y drogas: Rodrigo Hurtado (uno de los supuestos profanadores) confesó: “¡Estábamos muy trabados, no joda! No hubo una premeditación, ni un plan, fue un simple capricho de muchachos locos” (p.5). A pesar de esta “desencantada” consideración, la escritora María Elena Uribe (1928) interpreta el robo de la siguiente manera: “la profanación de la tumba de Fernando, me parece a mí, ahora con los años, la culminación de su obra, porque hasta el cráneo lo perdió. En la *Tragicomedia del Padre Elías y Martina la velera*, regaló su huerto, y quedó sin nada, inclusive sin sexo, porque cuando muere se dice que parece un viejito y que parece una viejita, así que no se supo si era o no era mujer, y ahora le quitan su cráneo, yo creo que él, deportivamente, debe haber visto esto desde la otra vida, y no creo que le haya preocupado mucho que lo hayan dejado sin cráneo, pero al ladrón si le preocupó mucho y lo devolvió, así que ya está otra vez en su tumba” (Tobón, 1987:27’3’’).

<sup>6</sup> Tal vez uno de los escritores más dolidos por el silencio en torno a González fue Gonzalo Arango: “Se podría pensar que este hombre es un personaje legendario no sólo por su importancia en la cultura, sino por el insondable desconocimiento que esa cultura —la nuestra— tiene del espíritu que más la honró y la emancipó. La deuda que Colombia tiene con él nunca será cancelada, mientras su pensamiento no haya sido totalmente integrado al alma viva de la nacionalidad” (1967:145). En un artículo titulado Un profeta del presente (1966) escribió: “Sus bellos libros que glorificaron la verdad y la dignidad, son hoy ventanas cerradas al conocimiento de la juventud. Aquellos que pretendieron silenciar a Fernando González en vida, después de muerto no permitirán su resurrección, pues él encarna, aun ausente, un peligro y una amenaza para los eternos traficantes del templo del espíritu. Su palabra sigue siendo mortal para escribas y fariseos como fue la de Cristo, y por eso ambos seguirán siendo crucificados, silenciados y traicionados” (p.72).

<sup>7</sup> El grupo *Los Panidas* fue conformado por artistas sumamente jóvenes, los cuales publicaron una revista censurada por el clero. Pertenecieron a este grupo: León de Greiff, Fernando González Ochoa, Ricardo Rendón, Félix Mejía Arango, Jorge Villa Carrasquilla, Libardo Parra, José Gaviria Toro, Rafael

los *Nadaístas*<sup>8</sup> se encontraron con González y sus insolencias estuvieron acompañadas. *Viaje a pie* es testimonio de la soledad de quien busca in-fatigablemente en las palabras y no le teme a eso que está en el umbral de lo comunicable, es testimonio de la soledad de quien ejerce su *derecho a desobedecer*, de quien no cede a los condicionamientos ni del negocio editorial, ni del silenciamento político, ni de la insensibilidad académica, de quien sabe que nada tiene un precio tan alto como para que valga la sinceridad:

Pero que bueno publicar un libro duro, límpido, vívido, que bueno coger en mis manos otro, como *Viaje a pie*, como *Don Mirócleles*, un librito que sea como para después de que pase el jaleo, para los que vendrán, que no se venda hoy, que no sea de ayer, ni de hoy, sino de un lejano mañana, y que lo encuentren de pronto los semejantes al ser oculto que lo escribió, y vayan a buscarlo y a buscar su tumba y no hallen nada, porque está más lejos de donde habitó antes de nacer en Envigado, de 160 a 200 páginas, en octavo, forma francesa de bolsillo, de pasta roja oscura, que si lo abren los de hoy crean que se les olvidó leer, que eso no dice nada (Berrío, 1993:11'10'').

Sin embargo, no hay que tomárselo tan en serio, caminar no sólo se trata de un ejercicio solemne, no se reduce a tener un *ritmo* (impulsado por un ánimo inquebrantable), ni se trata exclusivamente de entregarse a la soledad de lo incomprensible... Nicolás Duque<sup>9</sup> ya lo expuso: para pensar

Jaramillo Arango, Teodomiro Isaza, Bernardo Martínez Toro, Eduardo Vásquez Gutiérrez, Jesús Restrepo Olarte y José Manuel Mora Vásquez. Greiff escribió un poema llamado *Trivial de los 13 Panidas* (1916), allí describe tanto a sus integrantes: “Músicos, rapsodas, prosistas, poetas, pintores, caricaturistas, eruditos, nimios estetas; románticos o clasicistas, y decadentes —si os parece— pero, eso sí, locos y artistas, los Panidas éramos trece!”, como sus prácticas y sus pensamientos: “Melenudos de líneas netas, líricos de aires anarquistas, hieráticos anacoretas, dandys, troveros, ensayistas, en fin, sabios o analfabetas, y muy pedantes, —si os parece— explotadores de agrias vetas, los Panidas éramos trece!” Al finalizar dice “Ilustres críticos-ascetas, serios, solemnes, metodistas, tribu de vacuos logotetas!: andad al diablo! —si os parece—: nosotros, —Bárbaros sanchistas!—, los Panidas éramos trece!” (p.75).

<sup>8</sup> Como es sabido los Nadaístas fueron muy cercanos a González. Incluso Jotamario Arbeláez en un texto llama *El abuelo nadaísta* (2004), allí recuerda que en 1959 se reunieron en una “catatumba” —estaban huyendo de un carrotanque— a escuchar a de Gonzalo Arango, quien decía: “los catecúmenos debíamos mantener cierta veneración por el maestro Fernando González, dijo el profeta, (...) es el maestro que esperaba Latinoamérica, el único pensador que trasciende las roñosas fronteras de la inmanencia. Lleva 30 años predicando en el desierto y es nuestro deber abrirlo a las mentes” (p.7).

<sup>9</sup> Nicolás Alberto Duque sostiene que Fernando es testimonio de una jovialidad desbordante. Para ser más precisos Duque relaciona al escritor antioqueño con los que denomina los antifilósofos, hombres que se han burlado de la filosofía desde tiempos inmemorables, incluso afirma que se puede suponer que son sus “verdaderos padres” (es posible que ésta haya nacido de la risa que le produjo a alguien la caída del sabio Tales de Mileto a un pozo). Dice: “puede afirmarse que González, de forma consciente

a Fernando hay que saber *reír*. Este es otro de los requerimientos de ese sencillísimo acto de implicaciones invisibles. Para caminar, González tuvo que aprender a burlarse de todos y de sí mismo, a derribar —a punta de carcajadas demoledoras— todo edificio solemne.<sup>10</sup> Ahora recuerdo —con una sonrisa— un ejemplo de este procedimiento “hilarante”, un fragmento en el que la oposición entre Liberadores y Conservadores se convierte en una caricatura:

Julia es la hija de la dueña; ¡dieciséis años en aquella tierra olorosa a yerba! Su novio era un marinillo. Hace pocos días comenzó a decir a Julia que su padre se oponía a los amores porque ella era de origen liberal. (...) Nos dormimos pensando en ese marinillo que en las vertientes del Arma, al lado de la vibrátil Julia, se preocupaba por el partido conservador... Don Benjamín, ya dormido, repetía: “Yo me hubiera inquietado más bien por la conservación de la especie: yo también soy conservador” (1993:103).

## Deseo de contradicción

Como hemos visto, Fernando caminaba siguiendo, metódicamente, una serie de requerimientos: primero encontraba su ritmo, después se iba despojando de todo, y por último —para evitar la solemnidad— se echaba a reír. Me parece que el lector de *Viaje a pie* estará de acuerdo en que la historia no termina aquí. Pienso que debemos insistir en que González siempre buscaba su camino propio:

Pero la mayor parte de los hombres están atareados en la lectura de libros, sin preocuparse de leer su propia alma. Y esos son los que dicen: todo es viejo; todo se ha dicho ya. En verdad os digo, amigos míos,

e hilarante, quiso empayasarlo a la intelectualidad y a la filosofía naciente, extremando la idea de que el mundo es un teatro, los hombres unos animales de circo y las discusiones académicas, un acto lleno de motivos cómicos” (p.51). A partir de la lectura de Don Mirócleles (1932) y Los negroides (1936), enfrenta a González con Luis López de Mesa y Miguel Jiménez López, concluyendo que a éstos últimos les “empayasaron” los conceptos, sobre todo los referentes al problema de la raza, en palabras de González: “Hijo de puta es aquél que se avergüenza de lo suyo. Por aquí me han llamado grosero porque que uso esta palabra, pero la causa está en que mis compatriotas son como el rey negro que se enojó porque no lo habían pintado de blanco” (p.54).

<sup>10</sup> Eduardo Escobar señala que los escándalos de Fernando dieron cuenta del “desarrollo de su pensamiento”, insiste en que el escritor no trataba de hacer de la injuria la “fórmula del éxito” porque el cinismo brotaba de un alma “alarmada” por aquello que era objeto de su burla (2006:1). En otras palabras, todas sus burlas eran a la vez burlas de sí mismo. De allí que decidiera darle reja a un yanqui que decía que “el clero colombiano era una peste” y que el país estaba en un estado de “barbarie”, González le contestó: “sólo nosotros, los colombianos, podemos hablar mal de Colombia, y sólo nosotros, los católicos, podemos renegar de los curas” (p. 93).

que cada verdad tiene tantos aspectos como hombres hay, y que todo aquel que se estudie, llegará a ella por un sendero original, y serán originales también los sentimientos que despierte en su corazón. (...) Si cada hombre se estudiara más a sí mismo, y se preocupara menos de la impresión que en otros ha dejado la vida, descubriría que su visión del universo es distinta a la de todos los demás. (1996:10)

El camino por el que decide transitar González (el camino de su singularidad<sup>11</sup>) era un camino poblado de peñascos, estaba cercado por abismos, por fuerzas opuestas: caminaba en el filo de la *contradicción*. Recuerdo un fragmento en que afirma —como lo hicieran Whitman o Pessoa en otras circunstancias—, “¿Qué nos contradecemos? Lo que pasa es que nuestro interior es un hervidero de contradicciones” (1993:234), por esto es que Eduardo Escobar le escribe en una carta “Ya sé, a usted sólo le gusta pelear” y concluye “hasta contra usted mismo”. ¿Pero cómo es que podía continuar si su interior estaba lleno de contradicciones? Tal vez, porque se trata de una serie de contradicciones “aparentes”, no hay que ser un estudioso de lógica para saber que muchas de las oposiciones en que vivimos son construcciones arbitrarias, tan endebles que al menor indicio de un pensamiento nuevo se derrumban. Ahora, como es debido, debo ofrecer un par ejemplos.

El lector de *Viaje a pie* habrá notado que González trata de evitar tanto la velocidad como el aletargamiento. Se enfrenta por un lado, a esas prácticas de nuestra época que nos hacen “salir corriendo” a cada momento, a esas nociones que nos hacen creer que debemos “ir por la vida como madero agua abajo”, que sostienen que toda vida debe ser “rápida, difícil y varia”.

<sup>11</sup> Muchos han reconocido la “autenticidad” de González. Desde Javier Henao y Baldomero Sanín Cano, hasta Gonzalo Arango y William Ospina. Podemos recordar dos de estas declaraciones: la primera se encuentra en la *Presentación de la segunda edición de Viaje a pie* (1967), allí Arango escribe: “Aquí nada necesita ser explicado: ni los viajeros, ni el paisaje, ni el camino, ni la meta. Lo que interesa no son las peripecias de la aventura, sino el suceder interior de un filósofo de carne y hueso que ve las cosas con una visión diferente, original” (p.5), la segunda, igualmente apasionada, es la de Ospina, en un texto llamado *Variaciones alrededor de un hombre* (2006): “Fernando González hizo algo mejor que teorizar sobre la originalidad: nos dio en cada una de sus frases un ejemplo vivo de originalidad. Y esa originalidad no era el afán de ser distinto, la pretensión de ser único, sino la fidelidad a ese tono nacido de sus circunstancias” (p.1). Y concluye afirmando que González no sólo encontró su autenticidad, sino que logró enseñar a buscar el camino de ésta a sus lectores: “leerlo no es, creo yo, una mera experiencia intelectual, es una experiencia vital, como oír el viento en los árboles, como meterse al mar, como estudiar las rosas o los músculos, como aprender a nadar o a volar en cometa. Estoy seguro de que pocos guías pueden ayudarnos tanto a encontrar la madera de nuestro propio sueño como este soñador tan reciamente colombiano, tan reciamente antioqueño y a la vez tan de otra parte” (p.1).

Y por otro lado, y al mismo tiempo, se enfrenta a esas nociones y a esas prácticas que nos confinan al aletargamiento, a la inactividad, al sedentarismo, la vida de la lentitud es para los “hombres que hacen fortuna” que son de una gordura muy rara “¿Por qué tendrán ese vientre esférico? Es un vientre de yegua”.

Se me ocurre otro ejemplo, por un lado, caminar es un oficio terrestre:

¡Qué dificultad para elevarse! Somos hijos de la tierra y sus parásitos; nos liga a ella, como un cordón umbilical, la ley de la gravedad. (...) El péndulo tiene repugnancia a separarse de la línea que se dirige al centro de la tierra. (...) Nosotros somos péndulos atraídos irremediablemente hacia el centro de la materia (1993:105).

Y caminar, por otro lado, y al mismo tiempo, es un oficio aéreo: mientras una sandalia se esconde entre el pantano del camino inhóspito, la otra se eleva por los aires inexplorados. Se trata de prolongar el instante en la levedad del viento. De allí que: “dos aficionados a la filosofía y un caballo aficionado a la lentitud” se perdieran por los ríos, y las montañas terrestres, pero también se perdieran —como diría Cortázar— entre ríos metafísicos.

Quisiera compartirles un último ejemplo de ese deseo de “contradicción” que atraviesa *Viaje a pie*, así como se trata, al mismo tiempo y “casi” bajo las mismas condiciones (por aquello de que son pies distintos) de un oficio terrestre (pierna derecha) y de un oficio aéreo (pierna izquierda). Caminar, para González, también se trata de buscar el camino y al mismo tiempo de querer perderlo:

El camino es casi toda la vida del hombre; cuando está en él sabe de dónde viene y para dónde va. (...) Pero nosotros sentimos en casa de doña Pilar la rebeldía contra el camino, contra esa línea por donde van todos los hombres, por donde van los arrieros, los agentes comerciales. Sentimos odio por la limitación (...) El camino hace adelantar y al mismo tiempo es un obstáculo. (...) El camino es la línea de menor resistencia; para abandonarlo tiene que esforzarse el espíritu. ¿Quién lo ha dejado? (1993:89).

## Como las nubes

Bien, no pude evitarlo, utilicé la palabra “metafísica”, ahora sí que tendré problemas. Pero antes que nada recapitulemos: pienso que caminar es un oficio literario, que *Viaje a pie* nos enseña una manera de caminar, una manera que demanda que hallemos nuestro ritmo, que nos despojemos de todo y que

aprendamos a reír como locos; además creo que para caminar por los caminos propios hay que abrirse paso por nociones, prácticas y personas opuestas, hay que estar al borde de la contradicción. Ahora sí, ¿metafísica? Pienso que todo lo anterior llevó a González a identificar la “tierra” con el “cielo”, ¿cómo es posible?, ¿cómo se pueden confundir los seres inmateriales —sean dioses o demonios— con los seres materiales, con las muchachas de “carnes prietas, quemadas por la brisa de la tierra alta”? Se trata, para sorpresa de todos los que lo acusan de rezandero, de una metafísica muy particular. González escribe en contra de las *metafísicas de invierno* —como las llamaba Nietzsche—, niega lo inmóvil y lo imperecedero, niega el “primer principio filosófico” y niega todo lo que se congela dentro del corazón humano. Gracias a esto *Viaje a pie* se aparta radicalmente del sermón evangelizador de la institución católica, se aparta porque, digámoslo de una vez, prefiere la carne:

Después de leer muchas vidas de santos podemos afirmar que el único enemigo es la carne; el Diablo se presenta en las suaves curvas de la carne; el mundo, ¿qué es el mundo sino la mujer? La carne inventa sofismas intelectuales para dominar al místico. El gran enemigo del cura es la carne. ¿Por qué se dividió la Iglesia? ¿Cuál fue la causa verdadera de la separación de Lutero? Que los frailes alemanes estaban cansados de dormir solos, o mejor dicho, de dormir con el Diablo (...) Y dormir con el Diablo no tiene gracia. ¡Es un colega! (1993:110).

Prueba de la preferencia de González por la carne es su “tristeza y castidad”, por un lado, estaba esa tristeza pícara y desvergonzada: “Para que el lector comprenda cómo era nuestra tristeza, diremos que era bíblica; la Biblia afirma que el hombre después del coito es un animal triste” (1993:41). Y por otro, la castidad, que era bien distinta a la monástica:

¡Mejor que el calor del sol en la mañana eres tú, Castidad!  
Porque las glándulas seminales son el origen de la vida.  
Y la vida es deseo.  
La castidad hace crecer el deseo y el corazón rebosa de alegría.  
¡Te amamos, castidad de ojos provocadores, porque el amor es bueno cuando tú presides! (1993:187).

Caminar para González es un oficio aéreo, pero también terrestre, tan terrestre que la sensualidad le valió la censura de su libro.<sup>12</sup> Podemos ima-

<sup>12</sup> Gonzalo Arango en un texto llamado *La filosofía en alpargatas* (1967), sintetiza las reacciones que produjo la publicación de *Viaje a pie*, para contrastarlas cínicamente con la posición eclesiástica: “Viaje a

ginarlo, fiero, respondiendo ante las réplicas de sus detractores: “no mutilaré mis libros, los escribo para confesarme, y si tienen expresiones crudas es porque así soy yo” (Tobón, 1987: 6’48’’). Yo pienso que, entre muchos otros, un fragmento de *Viaje a pie* fue especialmente escandaloso para la sacro-santa institución, aquel en que dice que las mujeres:

Van a la iglesia, a nada, a sentir correr sus vidas insípidas. ¿Insípidas? No; el cura es todo para ellas. Cuando se lo llevan a otro pueblo, lloran..., pero el día en que llega el nuevo, recién ordenado, con hebillas de plata en los zapatos, oliendo a sacristía, es igual al día en que se echa el toro en la vacada viuda (1993: 152).

Pero el mayor problema surgió tiempo antes —aunque seguro no había sido detectado por la vigilancia sacerdotal— cuando entregaba su tesis, desde ese momento Fernando fue declarado “políticamente peligroso” por los feligreses seguidores del papa. Este muchacho arrogante les decía a los colombianos que la metafísica no es necesariamente un bálsamo que alivia el miedo aterrador a la muerte, y que mucho menos es un “consuelo” contra las desventuras de la vida, *no implica conformidad con el plan divino...* Para González el orden de cosas no era incuestionable:

En la materia amorfa de que se formaron todos los mundos, estaba latente el devenir de la tierra; en el primer movimiento estaban encerrados todos los movimientos sucesivos. ¡Ridícula pretensión creer que el más infeliz ciudadano puede cambiar los destinos humanos!, ¡y aún esa ridícula pretensión estaba en la materia amorfa! (1989: 58).

Así la hipótesis de que existe un destino que “determina” la vida de todos los hombres deja de ser un escalpelo de quienes ostentan el poder, deja de ser la excusa perfecta para doblegar o dominar; deja de ser el “sagrado argumento” que confina a los hombres a la aceptación muda. Hasta la metafísica más determinista permite la transgresión: porque de ser cierta esta

pie es uno de esos frutos brillantes que da en América el encuentro del genio hispano con la nitidez y la disciplina de la cultura francesa (Charles Lesca, París). *Viaje a pie* es uno de los libros más fuertes, audaces y logrados que se hayan producido en la Colombia del post-centenario (Jaime Barrera Parra). Las mismas revueltas, las mismas exasperaciones de Stendhal, apaciguadas, sin embargo, por la serenidad filosófica: porque Fernando González es ante todo un hombre de contemplación (Les Nouvelles Littéraires, París). Obra original y profunda, *Viaje a pie* es la excursión de un espíritu idealista, enamorado de la libertad, a través de esa maravillosa Colombia donde la naturaleza posee tantos tesoros y donde la raza parece soportar el sello de un misticismo extraño (Chicago, Daily Tribune). *Viaje a pie* está prohibido bajo pecado mortal porque ataca los fundamentos de la religión y la moral con ideas evolucionistas, hace burla sacrilega de los dogmas de la fe y con sarcasmos volterrianos ridiculiza las personas y las cosas santas, trata de asuntos lascivos y está caracterizado por un sensualismo brutal que respiran todas sus páginas (Manuel José Caycedo, Arzobispo de Medellín)” (p. 59).

hipótesis es posible que la desobediencia haga parte de ese “hado divino”, incluso, hasta los placeres del cuerpo y de la sensualidad, obedecerían a eso que nos excede.

Así es que el santo Fernando<sup>13</sup> prefería el cuerpo de una muchacha que la suscripción al club de la iglesia católica. Pienso que su desavenencia se debía a que cuando miraba el cielo envidiaba la vida de las *nubes* más que la inmortalidad de los ángeles: “si uno viviera como está la nube en el cielo, como una nube de cielo, si uno fuera un ser vivo en la tierra, entonces uno fuera conciencia de inmortalidad, la vida no tiene causas finales, fuera de la vida no hay nada” (Berrío, 1993:42’33’’).

## Lo inaprensible

González quería vivir como una “nube de cielo”, tal vez por eso recorrió El Retiro, La Ceja, El Abejorral, Aguadas, Pácora, Salamina, Aranzazu, Neira, Manizales, Cali y Buenaventura. Durante mucho tiempo caminó incansable —cargado de truenos— por esos nevados que eran “de curvas preciosísimas, semejantes a los senos de la amada”. Empezó su viaje el 21 de diciembre de 1928 y lo terminó el 18 de enero de 1929 y en más de una ocasión se preguntó ¿Qué somos? Recuerdo una de sus respuestas:

Somos sensibilidad que se perfecciona. El sentido del tacto es todo en nosotros; la masa nerviosa se ramifica, como inmensa raigambre, a través de la carne y termina en la piel (...) Ella es el vestido de tu divino cuerpo, más agradable que el vestido de los lirios, querida lectora (1993:216).

Ahora bien quisiera hacer una aclaración, en este y en otros fragmentos, el erotismo ocupa un lugar importantísimo, incluso llega a angustiarse la idea de una mujer “constante”, la monogamia le parecía “una mesa de dos patas”. Sin embargo, sus pensamientos no pueden reducirse a la sentencia trivial

<sup>13</sup> Gonzalo Arango solía escribir acerca de la “santidad” de su maestro, después de la muerte de González en una columna titulada *El brujo de otra parte* (1964), decía: “Yo no quería que se muriera, pues uno es egoísta, y juntos habíamos compartido mucho amor a la vida y a este mundo. Éramos dos poetas muy gozadores y nunca se nos ocurrió morirnos, como no fuera de risa” (p.10). Continúa diciendo: “González era un espíritu metafísico y al mismo tiempo el más identificado con este mundo. Contrario a los estoicos, él no despreciaba la tierra como precio para merecer el cielo. Su misticismo, al contrario, era vital, exultante, de un optimismo fiero y regocijado. Amaba la tierra con frenesí, como si ésta fuera la encarnación material del cielo. Le daba todos los prestigios de algo bello y sagrado. Por eso su obra de escritor es un himno glorificador de todo lo viviente” (p.10).



de que hay que pasar por la vida entregados a una sexualidad mecánica —como lo quisiera el divino marqués—, reflejan un estado de González, para decirlo en el lenguaje que he venido usando, reflejan su manera de caminar, para él la mujer no era un “trofeo”, era un “imposible”: una nube de cielo inapresable... Pienso que Fernando no deseaba nada que no implicara una batalla, no deseaba a nadie que no le ofreciera una infinita resistencia:

Ese NO delicioso que pronuncian las mujeres con voz moribunda y que es el más bueno de los síes. ¿Cuál beso digno de este nombre no ha ido acompañado del NO femenino y suplicante? Ese NO le da al amor el aspecto de la batalla y la alegría del triunfo. NO..., y resbalan los labios femeninos contra los del hombre, y éste experimenta la alegría del guerrero que cogió una bandera enemiga. ¡Y en verdad que el hombre fue el vencido! ¡Oh, divino poder del pudor! El pudor da todo su encanto al impudor. (...) Gusta del pecado quien lo aborrece o lo teme. Casi se mueren de delicia Adán y Eva en el Paraíso, pues su terror supremo era la manzana, y comieron de ella... Espectáculo para oídos y ojos divinos aquel Paraíso (...) ¡Qué imprudente! El Diablo, en la forma más insinuante y hermosa, una serpiente, le susurraba al oído, por primera vez en la historia de la tierra, los empalagos y suavidades de Celestina. ¡Espectáculo para ojos y oídos divinos! «No, no...», repetía Eva en el colmo de la felicidad, en un susurro, hasta que acabó de comer la manzana... ¡Feliz tú, señor Diablo, que recibiste en tus oídos de serpiente el primer NO que acompañó al primer pecado de amor! Para Adán y para todos nosotros, pobres herederos, han sido las sobras de la manzana y del NO. (1993:177-178)

## Entre los dedos

Para terminar —y para sonar redundante—, hay que insistir en que Fernando González es culpable de una sola cosa: es culpable de caminar, de arremeter con sus pies cansados contra las montañas y valles de la tierra, en Antioquia, Caldas, el Valle del Cauca, quedaron, literalmente, sus huellas. Es culpable de caminar, de enfrentarse a la pesadez terrestre, complejísimo acto éste, y de cuántas implicaciones invisibles. Decía Gonzalo Arango que “el hombre no tiene sino sus dos pies, su corazón, y un camino que no conduce a ninguna parte”, yo pienso que González conocía esa verdad, y por eso no era un escritor de lo que está dado, no deseaba —como lo escribió en sus manuscritos— caer en la repetición, no deseaba ser parte del teatro en que “día tras día se representa la misma comedia”, incluso, antes de morir seguía caminando: perseguía los misterios que se amontonaban junto a sus

naranjos.<sup>14</sup> ¿Qué significaba caminar para Fernando González? Aferrarse a lo imposible, gritar lo indecible, escalar las montañas indómitas, amar a la mujer inalcanzable, en otras palabras, tratar de atrapar lo que sabía que se le escaparía de entre los dedos...

## Referencias

ARANGO, Gonzalo. (1973). Asalto a la inmortalidad. *El Tiempo*, 28 de enero, p. 5ª. [Columna de opinión *Luz y Ondas*].

\_\_\_\_\_. (1964). El brujo de otra parte. En: *El Espectador*, Bogotá, marzo 8, p. 10. [Este artículo fue publicado nuevamente en *El Espectador* el sábado 24 de marzo de 2007 y el domingo 26 de junio de 2011].

\_\_\_\_\_. (1966). Fernando González: un profeta del presente. En: *Revista Cromos*, Bogotá, abril 4, p. 72.

\_\_\_\_\_. (1967). La filosofía en alpargatas. En: *Revista Cromos*, Bogotá, octubre 30. No. 2610. pp. 58 - 63. [Este texto fue publicado de nuevo en octubre del 1993 en la revista *Reportajes de la editorial de la Universidad de Antioquia*. Vol. 2. pp. 145-148].

\_\_\_\_\_. "Presentación a la segunda edición de *Viaje a pie*". En: González, Fernando. *Viaje a pie*. Bogotá, Tercer Mundo, septiembre de 1967.

ARBELÁEZ, Jotamario. (2004). El abuelo nadaísta Fernando González. En: *El Tiempo*, 18 de febrero. [Columna de opinión *Contratiempo*].

BERRÍO, Juan Carlos; Jaramillo, Jorge E. & Matta Luis Fernando (Dirección). (1993). "La Otraparte de Fernando González" [Documental]. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana. 60 min., son., col. Recuperado de: <http://www.otraparte.org/imagen/videos-fg-2.html>.

CARRASQUILLA, Tomás. (16 de enero de 1934). "Señor y amigo Fernando González" [Carta para Fernando González]. Copia en posesión del Archivo de la Corporación Fernando González-Otraparte.

DUQUE, Nicolás Alberto. (2012). *La Filosofía del Payaso: Incendios Tras El Escenario*. Manuscrito inédito.

<sup>14</sup> Marta Traba recuerda, en un texto llamado *Ante los papagayos* (1989), como González, caminando por el campo, una vez: "Miraba hacia el suelo y empezó a encontrar cáscaras de naranja. «Aquí caminaba uno solo comiendo naranjas», pensó. Pero luego empezó a ver más cáscaras, unas al lado de las otras. «¡Cómo! Entonces eran dos. Los pedacitos de cáscara son parecidos. Uno debió pelarlas para el otro: entonces no debían ser uno y uno, sino uno y una». Y así Fernando González llegó a imaginar los enamorados" (p.5).

ESCOBAR, Eduardo. (2004.) Un escritor imprescindible. En: El Tiempo. Bogotá, 24 de febrero [columna de opinión Contravía].

GONZÁLEZ, Fernando. (1989). El derecho a no obedecer: una tesis. 2a. ed. Medellín: Dirección de Extensión Cultural.

\_\_\_\_\_. (2005). El payaso interior. Edición y prólogo de Ernesto Ochoa Moreno. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

\_\_\_\_\_. (2008). El remordimiento. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

\_\_\_\_\_. (1996). Pensamientos de un viejo. 4a. ed. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

\_\_\_\_\_. (1993). Viaje a pie. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

GREIFF, León de. (2004). Balada trivial de los 13 Panidas. En: Obra poética. Tomo I. Bogotá: Universidad Nacional, pp. 75.

GOETHE, Johann Wolfgang von. Werther. Navarra: Salvat Editores, 1970.

GUALDRÓN, Yeison. (2012). Fernando González, el existencialista antioqueño que buscaba a Dios. En: El Tiempo, 8 de Abril.

HENAO, Javier. (1988). Fernando González, Filósofo de la autenticidad. Medellín: Universidad de Antioquia.

MONSALVE, Jose. (2006). Un cráneo, un robo y un misterio resuelto. Recuperado de: Semana.com, diciembre 27.

OSPINA, Willam. (2006). Variaciones alrededor de un hombre. En: Boletín Otraparte, 11 de Mayo. N° 46. [Lectura en Otraparte el 4 de mayo de 2006].

RIMBAUD, Arthur. (2003). Una temporada en el infierno. Oliverio Gironde (Trd.). Buenos Aires: Argonauta.

SANÍN CANO, Baldomero. (1930). Viaje a pie de Fernando González. En: El Tiempo. Bogotá, 20 de junio. [Este artículo fue publicado nuevamente en Revista Claridad, en julio del mismo año].

TOBÓN, Gloria (Dirección). (1987). Vida y obra de Fernando González [Documental]. Bogotá: Cosmovisión TV. 1 videocassette (VHS), 27 min., son., col. [Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, presentado en el programa “Los caminos de Antioquia” el sábado 27 de Julio de 1987 para la teleaudiencia nacional].

TRABA, Marta. (1989). Ante los Papagayos. En: Revista El Mundo Semanal, Medellín, 11 de febrero. No. 482, Sección D, p. 5.